



N.º

La chica del coro

23

POR

Bessie Love y Allan Forrest

30
cts

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año II Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 23

DIR: LYNN SHORES

SALLY OF THE SCANDALS 1928

La chica del coro

Comedia de Enid Hibbard

Interpretada por

Bessie Love, Allan Forrest; etc.

EXCLUSIVA DE

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: LOUISE BROOKS

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura



La chica del coro

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

—¡No, no, no y no!—exclamó Eduardo Kelly, el director de escena. ¡Si bailáis así el día del estreno nos vamos a quedar solos con los músicos y con los bomberos!... ¡Pero, señor!... ¿Cómo he de deciros que este número no quiere ruidos y taconeos? ¡Suavidad, ingratitud! ¡Como si tuviérais alas! ¡Pero alas de paloma, no de autogiro!... ¡Vamos a ver! ¡Otra vez al principio!

De nuevo volvió a atacar el pianista el primer compás.

Aquellas muchachas, que como tales eran deliciosas, por sus breves pantaloncillos y su ajustada blusa, mejor dicho, por lo que estas pren-

das dejaban al descubierto, volvieron a *volar bailando*.

Ciertamente aquello no era vuelo suave y deslizante como correspondía a la música aérea, sino revoloteo de murciélagos con estruendo de autogiro. La comparación de Kelly no pudo ser más justa.

Se explicaba. Aquellas deliciosas muñecas de carne estaban acostumbradas a triunfar por el mero hecho de dejarse la ropa en el camerino. Las revistas no solían pedirles más. Ya lo decían los títulos de los cuadros: "Del tobillo para arriba", "Todo al aire", "Concurso de hemisferios".

Pero he aquí que en la revista había un cuadro realmente artístico y las muchachas habían de sazonar sus encantos con un poco de talento.

¿Talento hemos dicho? Si aquellas muchachas, además de sus condiciones de fascinación, tuvieran nada más que un poco de talento, ocuparían la Presidencia de los Estados Unidos.

De aquí la desesperación de Kelly.

Cinco horas llevaban ensayando y aquello llevaba trazas de durar cinco meses.

—¡Otra vez!

—¡No, no y no!

—¡Pero, para qué levantáis tanto la pierna!

¿Os creéis que estáis jugando al fútbol?

Estas y otras exclamaciones semejantes surgián sin cesar de labios de Kelly.

Para ser justos hay que decir que en la fila

había una muchacha que lo hacía realmente bien y que si seguía ensayando era solamente para guiar a las otras.

Esta corista era, además, la más bella de todas.

Kelly la llamó.



Cinco horas llevaban ensayando...

—Virginia, hija mía, haz el favor de hacerlo tú sola... Y vosotras, a ver si ponéis los cinco sentidos. ¿Vamos?

Comenzó el pianista y Virginia bailó todo el número prodigiosamente. Sus pies parecían no ponerse en el suelo. Sus brazos se movían con delicado ritmo. La blancura de su carne,

la dulzura de su rostro, la fragilidad de su cuerpo, armonizaban perfectamente con aquella música y aquella danza.

—¡Bravo, muchacha! ¡Pero que muy bien!
Y Kelly cambió de expresión para dirigirse a las demás.



Esta corista era, además, la más bella de todas.

—¿Lo estáis viendo?.... ¿Sí? Pues fijaos bien en lo que voy a deciros: hasta que no lo hagáis así no terminará el ensayo. De modo que ya podéis compraros un par de sandwiches para comer. Veremos si a la hora de merendar tienen que traeros también un vaso de leche. ¡Y si a la hora de cenar no estáis en condiciones, no se cena!

Ordenó al botones:

—Ve y dile a la señora Duval que puede marcharse. Hoy no pasaremos lo suyo.

* * *

Momentos después aparecía la Duval en el escenario.

Iba fastuosamente vestida. Era una hermosísima mujer.

—Para eso me ha tenido usted aquí toda la mañana? ¡Podía haberme avisado antes!

En su actitud y en el tono en que había pronunciado estas palabras se veía claramente que era la estrella.

Además, debía de tener alguna especial influencia, porque Kelly demostró cierta sumisión al decir:

—Sus ensayos requieren especial atención. Usted ha de ensayar sola. Si le parece, dése una vueltecita por aquí al anochecer. Es posible que ya haya terminado con esta tropa.

Esto bastó para que la Duval acatara de buen grado la voluntad de Kelly. La adulación es siempre un arma segura cuando se utiliza contra la vanidad.

* * *

Sinclair entró en el teatro cuando *la tropa* continuaba ensayando todavía.

Sinclair era el capitalista de la empresa.

Vivía en la misma casa cuya planta ocupaba el teatro, en uno de los quince pisos del edificio,

Era joven aun, aunque ya había pasado de muchacho.

Aun estaba en edad de que las mujeres le amaran por algo más que por su dinero. Y una demostración de ello se tenía en la Duval, su amante.

La Duval le sacaba cuanto podía, pero a la hora de las caricias se olvidaba de todo. En determinados momentos, acaso hubiera preferido un beso de él que un billete, aunque después, en frío, se hubiera reprochado su ligereza.

La Duval no había sido nunca estrella. Es más, detrás de sus magnificencias no había un átomo de talento artístico. En esto no tenían nada que envidiarle las coristas.

Pero siendo amante del capitalista ¿cómo no iba a ocupar tan brillante puesto?

De pronto, se oyó la voz de Sinclair en el patio de butacas.

—No te cances, Kelly. Es inútil.

Kelly escudriñó el oscuro patio de butacas.

—Menos mal que tú tienes influencia con la policía. Si no, terminaban todas en la cárcel.

Despidió a las muchachas.

—Id con Dios, hijas de mi alma!

Bajó al patio de butacas y se acercó a Sinclair.

—Te advierto que mejoran.

—¿Tú crees?

—Vaya si creo! El día del estreno hasta las van a pedir el bis. ¡Como me llamo Kelly!

Todo será cuestión de que alguna se muera de cansancio.

—¿Ha ensayado Marina?

—Después vendrá... Pero, chico... de esa sí que no respondo. A mí me parece que debías dedicarla a otra cosa.

—¡Todo sea por Dios!

—¿Por qué no la suprimimos? ¿No tiene bastante con el dinero que le das?

Sinclair tuvo un gesto de horror.

—Pero tú sabes lo que dices? ¿Suprimirla?

¡Me echaría encima una arroba de vitriolo!

—Menos mal que esta vez le ha dado por suprimir ropa.

—Es cosa mía.

—Pues a ver si la convences de que salga sólo con un papel de fumar. Sólo así puede tener éxito.

En este momento, cruzó Virginia el escenario a medio vestir.

—Oye—exclamó Sinclair—. ¿Quién es esa muchacha?

—Ya lo has visto. La mejor artista que tenemos en la compañía.

—Pero además...

—Además, nada. ¡Caramba, eres insaciable!

—¿Ah, sí? Pues quiero que esta noche asista a la fiesta que voy a dar en casa.

—Pues no asistirá.

—Pues la despediré.

—Pasará por todo antes de transigir con eso. Es una muchacha distinta a las demás. Tiene

novio y va a casarse. Por eso te digo que de nada te valdrá despedirla.

—¡Es que te despediré a ti también!

—Serías capaz...

—¿Cómo que si sería capaz? ¡Palabra de honor!

—¡Vete al cuerno!

Y Kelly se dirigió al cuarto de las coristas.

Cogió a Virginia en la puerta.

—Virginia: es preciso que esta noche asistas a la fiesta que da en su casa Sinclair.

—Ya sabes que no me gusta ir a esa clase de fiestas, Kelly.

—No temas; estaré siempre a tu lado. Además, Sinclair es un caballero. Su único defecto es la testarudez. Cuando se le mete una cosa en la cabeza échate a temblar. Pero no temas: es un hombre de conciencia y de corazón. Ya le advertiré yo que lo único que harás será bailar un poco.

—Siendo así...

Inmediatamente, Kelly fué a darle la noticia a Sinclair.

—Ya has conseguido lo que querías. Virginia asistirá a la fiesta... pero sólo para bailar.

—Eres un buen amigo, Kelly. Desde este momento te aumento el sueldo en cincuenta centavos mensuales.

II

A la puerta, la esperaba Fernando Roberts, su prometido.

Se dirigieron a casa de Virginia cogidos del brazo.

El novio de Virginia era un hombre vestido con elegancia y que hablaba con parsimonia, acompañando sus palabras de expresivos ademanes.

A decir verdad, Virginia no le amaba. Aquel empaque, aquella jactancia, aquel énfasis displicente que regía todos sus movimientos, chocaban con su naturalidad y con su modestia.

Pero Virginia tenía un grave motivo para aceptar a aquel hombre. Fernando realizaba grandes negocios y tenía en puerta uno soberbio del que le había hablado varias veces.

El gusto de Virginia habría sido casarse con un hombre más de su agrado, aunque fuera pobre, pero Virginia no tenía que mirar sólo por ella. Una hermanita de pocos años a la que quería como si fuera hija suya, necesitaba de ella el sacrificio que iba a realizar casándose con Fernando.

La niña tenía una pierna inútil y los médicos aseguraban que con una operación quedaría perfectamente bien.

He aquí explicado por qué Virginia estaba

dispuesta a casarse con Fernando, el hombre que realizaba grandes negocios.

* * *

Por la noche reinaba gran animación en la amplia azotea del rascacielos.

Luces, música, lindas muchachas y bebidas de todas clases. La azotea de Sinclair era húmeda a pesar de hallarse en el país de la sequedad.

Las muchachas del coro se atracaron de pastas y libaron de lo lindo.

La Duval lo guardaba todo para cuando estuviera a solas con Sinclair. Así se lo decía al oído en un rincón de la azotea, adonde se había empeñado en llevarle, con el consiguiente disgusto del millonario que, con la excusa de atender a los invitados, no había cesado de rondar a Virginia desde que entrara en la azotea.

Esto tenía a la Duval nerviosísima y desde aquella noche nació en su alma un hondo rencor hacia Virginia, a la que puso varios moteos.

Sinclair tuvo ocasión de convencerse de que aquella muchacha, como Kelly le había asegurado, era distinta a las demás.

Por su parte, Virginia pudo comprobar que Sinclair, como Kelly le anunciara, era un caballero a pesar de sus millones. Aunque era evidente su deseo de entablar amistad con ella y no cesó de demostrárselo en toda la noche, su discreción fué causa de que la prudente joven

se sintiera incluso agradecida al evidente galanteo.

Como había prometido, Virginia recreó a la concurrencia con sus bailes.

Sólo a una persona no sirvió el espectáculo de recreo: a la Duval, la cual comenzaba a sentirse suplantada.

Avanzaba la noche. Las muchachas del coro, excitadas por el alcohol, comenzaban a hacer de las suyas. Comenzaban a oírse besos por los rincones. Una de ellas, con la excusa de bailar una danza paradisiaca, comenzó a quitarse ropa y llegó un momento en que sólo se podía quitar la piel.

Virginia determinó marcharse y así lo anunció a Kelly.

—Me voy; me has engañado.

Kelly aprovechó la distracción de la gente para llenar de pastas el bolso de Virginia.

—Para tu hermanita... Espera un momento. Te acompañaré.

Sinclair, al comprender la decisión de Virginia, se fué hacia ella, dejando a la Duval planchada.

—¿Se va usted?

—Sí, señor.

—A la puerta está mi automóvil.

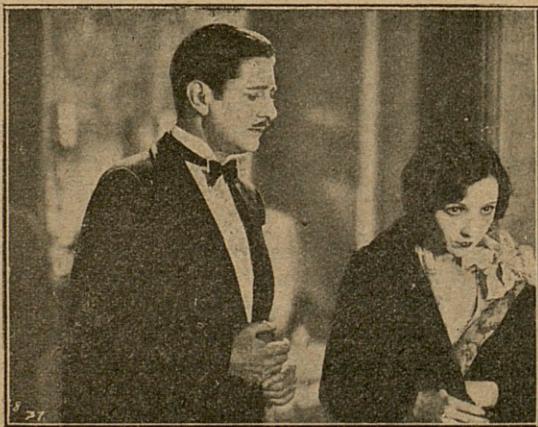
—No se moleste, Kelly me acompaña.

—Perdone, Virginia, pero Kelly hace mucha falta aquí. Mi auto la llevará en un momento.

La acompañó hasta la puerta de la casa. En efecto, allí estaba el automóvil. El mismo Sin-

clair abrió la portezuela y, cuando Virginia hubo subido, le preguntó su dirección y se la dió al chofer.

Rápidamente, subió al auto y cerró la portezuela, en tanto el vehículo arrancaba.



—A la puerta está mi automóvil.

Virginia protestó, pero Sinclair repuso tranquilizadora:

—Sólo quiero acompañarla, Virginia. ¿Todavía no se ha dado usted cuenta de que sé respetar a quien lo merece?

Virginia hubo de confesar que Sinclair tenía razón. Y al hallarse en casa, tuvo que repetírselo.

—Es un caballero. Es un caballero.

III

Llegó la noche del estreno. Desde el primer momento sucedió lo que se temía. La Duval echaba abajo la obra. El público inteligente de Broadway no tenía ya bastante con un cuerpo bien formado y ligero de ropa.

Las muchachas del coro estuvieron bien en sus fantásticos números en los que la presentación era lo principal. Hasta en aquel baile en que había que volar como si fueran ingravidas palomas, se defendieron.

Salió la estrella y el elemento masculino del público demostró su aprobación. Aquello era lo que se llamaba una real mujer. ¡Vaya piernas, y vaya curvas, y vaya... calor!

Pero a los dos minutos ya estaban hartos de curvas, y de miradas, y de movimientos, y de todo aquello, en fin, que se podía admirar y poseer por menos precio que el de las butacas de aquel teatro.

Y entonces es cuando el público se dió cuenta de que la Duval, a pesar de figurar en letras luminosas sobre la puerta del teatro, no tenía más mérito que el que había dejado ver... aunque lo que había dejado ver no tiene el nombre de "mérito" precisamente.

El público empezó a bostezar. Estaba deseando que se fuera aquella "maravilla". Alguien gritó:

—¡Vete ya, no sea cosa que te constípes!
Pero los números de la Duval eran largos y continuos. Los bostezos se convirtieron en protestas. Cuando terminó la obra el telón comenzó a caer entre silbidos y la Duval desapareció entre bastidores haciendo una mueca despectiva. ¡Oh, público inculto que no sabía apreciar su valor!

Kelly se tiraba de los pelos. ¡Aquello era la ruina de Sinclair, y la suya, y la de todos! Habría que retirar la revista de los carteles después de la primera representación.

De pronto tuvo una ocurrencia. Entre bastidores estaba Virginia. El telón no había acabado de caer. Corrió y detuvo al tramoyista.

—¡Arriba el telón!

Y después suplicó a Virginia.

—Sal y haz algo. ¡Por lo que más quieras!

Para que no tuviera más remedio que hacerlo, le dió un empujón. Virginia se vió de pronto en medio del escenario y en una postura grotesca, la postura del que está a punto de caer y conserva el equilibrio milagrosamente.

Comprendió que tenía que hacer algo si no quería que le arrojaran las butacas y comenzó a bailar. Era un baile desvencijado y un poco caribe que había inventado en un momento de buen humor.

Fué un éxito. El público pidió el bis frenéticamente. Así se salvó aquella revista que ya estaba casi en el fondo del hoyo.

* * *

No la dejaron marchar. No dejaron marchar a nadie.

—¡Todos a mi casa a celebrar el éxito!—había exclamado Sinclair entusiasmado.

Y como a aquella hora cundía el apetito, no hubo celebración mejor que una opípara cena.

De lo primero que se ocupó Virginia fué de guardarse un pichón asado en el bolso. También su hermanita tenía derecho a celebrar la victoria.

Se vió de pronto rodeada de periodistas que le hacían preguntas inusitadas.

—¿De dónde le vino a usted la afición al baile?

—¿Cómo los prefiere usted: rubios o morenos?

—¿Qué opina usted del cine sónico?

—¿Qué clase de queso le gusta más?

Virginia contestaba lo que le venía en gana.

Y, como tenía apetito, continuaba devorando todo lo que le iban sirviendo.

Kelly estaba tan contento como ella, no sólo porque la revista estaba salvada, sino porque Virginia se había consagrado como estrella.

Las muchachas del coro, al ver asegurado el cocido para toda la temporada, se mostraban también muy agradecidas a Virginia, a la cual debían su salvación.

Entretanto, Sinclair había ido al camerino de la Duval.

Con un aire de indiferencia que no dejó de percibir la celosa amante, extrajo del bolsillo un paquete y le dijo:

—Toma. La pulsera que te prometí si tenía éxito la revista.

Era una magnífica pulsera de brillantes.

Todo el mal humor de la artista por los desagradables sucesos de que acababa de ser protagonista, se desvaneció a la vista de la pulsera.

En aquel momento estaba la Duval buscando la combinación que debía ponerse y consideró el momento oportunísimo para demostrar a Sinclair su gratitud.

Le echó los brazos al cuello y murmuró algunas palabras mimosas, pero Sinclair no respondió a la llamada pasional.

Estaba preocupado por algo que no se hablaba en el radio del camerino.

—Vístete y sube a casa—dijo—. Yo tengo que irme en seguida para atender a los reporteros.

Y se la dejó en medio del camerino con toda la magnificencia de su cuerpo semidesnudo.

Su blanca carne tuvo un temblor de ira.

Pero la contemplación de la pulsera le sirvió de lenitivo.

* * *

Al subir a casa de Sinclair se dió cuenta de que sus fulgores siderales se habían apagado para siempre.

Nadie le hacía caso. Todos estaban pendientes de Virginia.

La envidia la mordió furiosamente en el corazón y se dió a pensar en el modo de abatir a Virginia de su pedestal.

Como astucia para el mal no le faltaba, pron-



Le echó los brazos al cuello...

to dió con la solución y, aprovechando un momento en que Virginia dejó su bolso sobre un mueble, le introdujo en él la pulsera.

Cuando Virginia anunció su propósito de retirarse, ella dió el grito de alarma.

—¡Mi pulsera! ¡Me han robado mi pulsera! Todos se quedaron estupefactos.

—Es absurdo lo que dices, Marina—exclamó Sinclair—. Tu pulsera habrá desaparecido, pero no por eso has de suponer que te la hayan robado.

Un actor severo de la compañía dijo con tono patético:

—Se impone el registro.

—Naturalmente—exclamó la Duval, disponiéndose a llamar a las doncellas y a los criados.

Pero Sinclair la detuvo.

—¡En mi casa no se registra a nadie! Si se te ha perdido la pulsera, búscala por el suelo.

—Bueno, ustedes sigan bien—dijo Virginia, a quien la perspectiva de un registro había hecho muy poca gracia.

—¿Véis?—exclamó la Duval—. Quiere irse. Ella tiene la pulsera.

—¡He dicho que en mi casa no puede llevarse nadie nada que no sea suyo!—replicó Sinclair enérgicamente.

—Lo mejor será convencerla con hechos—intervino Kelly apoderándose del bolso de Virginia y abriéndolo—. ¡Mire usted! ¿Se convence?

Sucedió entonces algo que dejó a Kelly más frío que un sorbete. La pulsera se había enredado con el pañuelo, desapareciendo debajo de él y nadie podría verla, pero el actor más severo de la compañía introdujo dos dedos en el bolso y extrajo por una pata un pichón asado.

A Virginia comenzaron a darle vueltas los

rascacielos circundantes. Menos mal que Kelly tuvo una rápida y salvadora ocurrencia.

—Ese pichón se lo he dado yo para su hermanita. Es el que correspondía a mi cubierto.

La Duval fué a insistir en que se continuara el registro, pero oyó una voz que murmuraba a su oído:

—Lo he visto todo.

La Duval se volvió. Era un segundo bailarín de la compañía: el de menos edad y el de menos vergüenza.

—¿Qué es lo que ha visto usted?

—Cómo depositaba la pulsera en el bolso de Virginia.

—Y qué quiere decir con eso?

—Que necesito veinte dólares para comprarme unos zapatos.

La Duval tuvo que darle los veinte dólares para que callara.

Y, lo que fué peor, tuvo que dejar marchar a Virginia con la pulsera.

* * *

Aquella noche, Fernando hizo a Virginia una escena apenas le echó la vista encima. Fernando estaba realmente loco por aquella muchacha que no había tenido con él la menor concesión y con la que tendría que casarse para satisfacer sus anhelos.

Los celos le ofuscaban:

—Llevo una hora esperándote. Seguramente habrás estado con ese Sinclair, celebrando el éxito.

Y por si esto era poco, cuando llegaron a casa de Virginia, adonde Fernando subió para seguir desahogando sus celos, la joven abrió el bolso para extraer el pañuelo y cayó en el suelo una pulsera de brillantes.

Fernando la cogió trémulo de ira:

—¿Seguirás sosteniendo ahora que no te hace el amor ese imbécil de Sinclair?

Virginia estaba estupefacta.

—No sé cómo habrá venido a parar a mi bolso esa pulsera. Es la que ha perdido la Duval. ¡Ve corriendo a llevársela!

Fernando le dirigió una última mirada incendiaria, se guardó la pulsera en el bolsillo y salió de casa de Virginia.

* * *

A la mañana siguiente, Sinclair recibió la visita de Fernando, el cual, entregándole despectivamente una papeleta de empeño, le dijo:

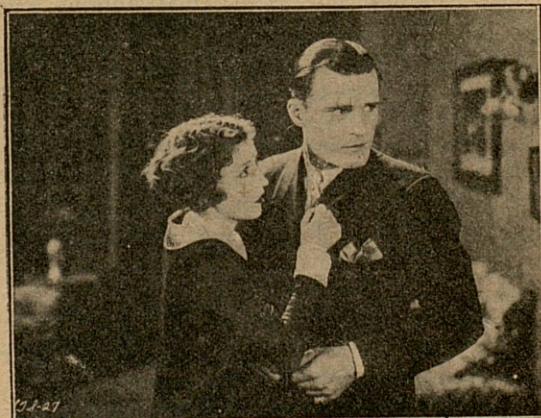
—Tome usted. Para que vea el caso que hace mi novia de sus obsequios. Esta es la pulserita de anoche... la pulserita que usted le regaló y que ella se ha apresurado a empeñar. Abur.

Y se dejó a Sinclair con la papeleta en la mano y el pensamiento hirviendo de mil ideas encontradas.

¿Habría de aceptar que Virginia había robado la pulsera?

* * *

A la hora del ensayo, Virginia fué sorprendida por algo que le desagradó sobremanera. La policía había tomado cartas en el asunto y estaba en el escenario, esperándola.



—No sé cómo habrá venido a parar a mi bolso esa pulsera.

Inmediatamente, y antes de que los agentes la interrogaran, exclamó:

—Dejo de pertenecer a la compañía desde este momento. No puedo tolerar que se dude de mí, que se me llame ladrona, siquiera sea con el pensamiento.

La Duval, que estaba presente, iba a responder con alguna mordacidad, pero en este momento llegó Sinclair al escenario.

Llevaba en la mano la pulsera.
Exclamó:

—Basta ya. Démos por terminado este enojoso asunto que ha tenido insospechadas complicaciones. Aquí está la pulsera. Te la quité yo. Fué una broma.

La Duval quedó estupefacta y más asombro todavía produjo aquel hecho inusitado a Virginia.

¿Qué se proponía aquel hombre al defenderla así? ¿Sería verdad lo que Fernando sospechaba? ¿Sería verdad que Sinclair pretendía obtener de ella lo que de tantas artistas de su compañía había obtenido?

Lo evidente era que aquel hombre y todos continuaban creyendo en su culpabilidad aunque no lo confesaran. Y ella no podía consentir en modo alguno aquella humillación.

Por eso salió de aquel escenario para no volver más. Y sin ni siquiera dar las gracias a Sinclair por el favor que acababa de hacerle y con el que sin duda pretendía pagar por anticipado otros favores de ella.

* * *

Una vez más el bailarín más joven y más sinsueña de la compañía fué a vender su silencio a la Duval. Pero la Duval se echó a reír esta vez.

—Se ha terminado ya el negocio, amiguito. He recobrado la pulsera. Lo demás me importa poco.

No era sincera, pues le importaba, pero pretendía deshacerse de una vez de aquel cómplice que a cada hora necesitaba comprar algo con su dinero.

El cómplice no protestó. Se limitó a ir en busca de Kelly y contarle todo lo ocurrido.

El director de escena brincó de alegría y mandó llamar a Sinclair, el cual se hallaba en su casa.

Bajó éste en seguida y Kelly le contó todo lo que el bailarín acababa de contarle.

Su alegría fué también inmensa y se reprochó el haber dudado de Virginia siquiera un segundo.

En seguida se le ocurrió la forma de comprobar aquellos hechos y obligó al bailarín a exigir una vez más a la Duval el soborno.

Entró el bailarín en el camerino y Sinclair y Kelly se quedaron en la puerta para escuchar su conversación.

—¿Se ha dado usted cuenta, Marina, de lo que pueda reportarle que yo se lo cuente todo a Sinclair? Perderá usted su amor y la despedirá de la compañía. Acaso tome cartas la justicia en el asunto.

—Basta—le interrumpió la Duval iracunda—. Tome usted. Yo veré la forma de que esto concluya.

—Necesito diez dólares más.

—¡Tome, tome y váyase!

Salió el bailarín del camerino y entraron Kelly y Sinclair.

—Desde este momento—dijo el empresario escuetamente—dejas de pertenecer a la compañía.

La Duval empalideció, primero de sorpresa, después de ira...

—Me habéis espiado, ¿verdad?

—Te conviene no perder el tiempo en averiguaciones. La policía nos obligará a decir la verdad y...

La Duval profirió un soez insulto y salió del camerino y del teatro.

—¿Te has dado cuenta—preguntó entonces Kelly—de que nos hemos quedado sin vedette?

—Tenemos a Virginia. Vamos por ella.

—Pero...

—No hablaremos más. Vamos inmediatamente por ella. No hay segundo que perder.

Y salieron de estampía en un auto.

* * *

Fernando había realizado ya su gran negocio.

Viéndole compartir los beneficios con sus socios, se comprendía en seguida qué clase de negocios eran los del novio de Virginia. No se trataba de socios sino de cómplices; no se trataba de negocios sino de estafas y robos.

Lo malo era que la policía les seguía los pasos.

Era preciso huir rápidamente.

Fernando se dirigió a casa de Virginia para llevársela con el pretexto de realizar una excursión en auto. Después de hacerla suya, acaso se le pasara aquella locura que tenía por ella.

Ya iban a salir, cuando Kelly y Sinclair se presentaron.

—La necesitamos, Virginia — dijo Sinclair.

Y para decidirla a aceptar se lo explicó todo: la acción de la Duval y su despido, lo que había hecho su novio con la pulsera...

Al oír Fernando nombrar la acusadora papleta de empeño, comprendió la actitud que adoptaría Virginia y, como además no le convenía perder el tiempo, recurrió al único medio de defensa eficaz en aquel instante.

Sacó un revólver y apuntó a Kelly, que estaba delante de Sinclair. Pero éste retiró de un empujón al director de escena y descargó un tremendo puñetazo al bandido.

Ni siquiera tuvo tiempo Fernando de apretar el gatillo. Cayó hecho una pelota.

Sinclair cogió de un brazo a Virginia para llevársela, pues se acercaba la hora de la representación, pero he aquí que en aquel momento apareció la policía.

Se apoderaron de Fernando y después trajeron de detener a Virginia.

Pero Sinclair arregló la cosa fácilmente:

—Esta señora es mi prometida y será mi esposa mañana mismo. Por consiguiente se en-

tenderán ustedes conmigo. Ya saben que soy Sinclair, el empresario.

Virginia se sintió transportada a un automóvil y conducida por éste al teatro.

Tuvo el tiempo justo para vestirse porque la revista había comenzado ya.

En su nuevo papel de vedette tuvo un éxito indescriptible.

Después de la función los periodistas trataron de abrumarla nuevamente, pero Sinclair lo impidió.

Necesitaban estar solos Virginia y él. Tenían cosas muy importantes que hacer.

Y cuando Virginia exclamó:

—Pero, ¿quiere usted explicarme qué significa todo esto?

Sinclair repuso:

—Ahora no podemos perder el tiempo en explicaciones. Hemos de casarnos en seguida, para que la policía no la maree.

Y Virginia se casó con Sinclair. ¿Qué remedio?

Y cuentan que aquella misma noche, los dos, transportados de cariño, se juraban que venían amándose desde que se conocieran, con ese amor profundo y silencioso que es el verdadero.

F I N

El jueves

próximo aparecerá
el tercer cuaderno
de la deliciosa novela en veinte
cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Formidable éxito

¡La novela que todos, amantes o no amantes del cine,
leerán con deleite!

Primer cuaderno (1.^a edic. agotada)

» » » (2.^a » agotándose)

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La mujer ligera

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Acaba de aparecer:

Esto es el cielo

finísima novela, interpretada
por Vilma Banky y James Hall

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

En preparación:

La senda del 98

por Dolores del Río y Ralph Forbes

Formidable éxito de

La Novela Eva

Publicación semanal de novelas
modernas

Precio: 30 céntimos

La semana próximo:

La novela para todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos



|||
EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
|||

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

|||
|||

66-1774007/15783

EB